

LA HORA DE LA SIESTA

Nadie recordaba lo que había detrás de la podrida empalizada hasta que el tiempo aflojó una tabla y dejó mirar hacia adentro. En el pueblo todos pasaban por la vereda y se paraban para intentar mirar, pero ninguno se animaba a separar un poco más la tabla y acercar la cara al hueco oscuro. Nosotros tuvimos que escaparnos para poder apartarla y meternos en aquella oscuridad vieja y húmeda, que al principio tan bien contrastaba con el apabullante calor de la siesta veraniega. Creímos encontrar el lugar adecuado para escondernos y establecer el cuartel general. No tendríamos que pedirte permiso a nadie para utilizar su fondo o su garaje, ahora bastaba con prender algunas velas y recorrer la empalizada y la pared que nos cerraba el paso. Mientras tanto, era mejor no adentrarse en la espesura de los pastos, habíamos sentido las cosquillas molestas de sus puntas entre las piernas y nuestra presencia habría alertado a las arañas. Descansáramos cerca de la abertura y disfrutaríamos el primer territorio conquistado, esperando la entrada de la tardecita para ir a conseguir las velas.

Sobre el espacio iluminado, planificamos las futuras operaciones, "la primera medida será mantener en secreto el cuartel" dije yo, "atacaremos a los del otro lado cuando hayamos reconocido el área conquistada" agregó

Miguel. Acomodábamos las armas cuando algo pareció cortar la oscuridad y el calor húmedo. Difundía una claridad que apenas disputaba un espacio y se entregaba reconociendo su debilidad. "¡Allá hay algo!" dijo Javier, "¿los del otro lado habrán descubierto el cuartel?" pregunté, "¡seguro que sí, vamos a sacarlos" afirmó Miguel. No volvimos a ver la claridad, pero nos dirigimos hacia donde había aparecido. Nos animamos a cruzar los desconocidos pastos y a caminar guiados por una pared pegajosa, con una mano sosteníamos las armas y con la otra tanteábamos a cada momento la pared para tratar de dejar el miedo adherido en sus grietas. Seguimos los relieves caprichosos y sentimos cómo el aire húmedo se hacía cada vez más viejo, sustituyéndonos el miedo por la vigencia de años ya caducos que golpeaban para instalarse en nuestra conciencia.

Una curva de la pared nos enfrentó a la pálida luz que había visto Javier, "¡en posición de ataque!" dije en voz baja mientras cruzaba decidido los pastos y pegaba mi espalda contra la empalizada. Javier y Miguel se prepararon tratando de encontrar refugio en los relieves aún no identificados de la pared. Apuntando hacia donde habíamos visto surgir tímidamente la luz, esperábamos ver a los del otro lado para empezar a pelear. A medida que la espera se iba envolviendo en ese aire húmedo y viejo, sentimos que nuestras armas eran en realidad de juguete. Deberíamos enfrentarnos con ellas a personas que aparecían sentadas en un comedor apenas

iluminado por una lámpara de mecha que estaba junto a la ventana rota. Sin perder nuestra formación militar nos distribuímos en torno a la ventana, aliviados por no tener que pelear con los del otro lado siendo tan pocos.

"Hace frío, Walter, me hace el favor de cerrar la ventana -dijo una mujer joven vestida con un traje largo terminado con encajes en el cuello y las muñecas.

Un hombre que entraba al salón con una bandeja en la mano escuchó el pedido de la mujer y siguió hacia la mesa donde estaba la lámpara, dejó la bandeja y cerró la ventana con los vidrios rotos justo encima de nosotros.

"¿No siente mamá una corriente de aire?" preguntó la mujer joven a otra más vieja y gorda que Miguel alcanzó a ver trepado en un pretil de la ventana.

"Es cierto, Matilde, desde hace un tiempo se siente; es que estamos en otoño... ya tuvimos que prender la lámpara.

"Estoy ansiosa de que comience el invierno, quiero estrenar la ropa que papá me trajo de Europa.

Matilde ya sentía el abrigo de las ropas sobre su cuerpo, caminó acariciándose los brazos hacia la ventana.

"Es mejor que cuides esa ropa, Matilde, como están las cosas quién sabe cuando tendrás otra.

La voz de la mujer vieja sonó mezclada con el golpe de una taza en su platillo y con un resbalón que dio Miguel en el pretil sin que ellas lo oyeran.

-Mamá, ¿pasarán las tropas por aquí?
-Tu papá dijo que no, el pueblo es chico y no hay gente del gobierno.
-¡El ástima!, sería algo distinto... mire lo que es esto, mamá, solo campo.

No nos preocupó tanto saber que éramos del gobierno como descubrir que nuestro cuartel general ya había sido ocupado por los del otro lado.

Esas mujeres seguramente eran agentes secretos y aunque no sabían que las estábamos observando, igual hablaban en clave para mayor seguridad. Sobre esto no teníamos dudas, habíamos logrado descifrar parte de su diálogo y sacamos en limpio que debían tener un ejército importante. Nuestros soldados eran pocos y a las nueve de la noche tenían que estar en sus casas. No podíamos atacarlos, debíamos obtener toda la información posible y después realizar un operativo de comandos.

-Traiga otra taza de té, Walter -ordenó la vieja con un golpe resolutivo sobre el platillo.

El hombre volvió a aparecer silencioso y se llevó la taza de té mientras Matilde seguía mirando la oscura empalizada. Nosotros aprontamos las armas y nos quedamos en una tensión que vacilaba entre la realidad de aquella situación y la fantasía de nuestras precauciones.

-Mire, mamá, el campo empieza a sentir el otoño, el sol se va más temprano... ¿durará mucho la guerra?

Matilde giró rápidamente dándonos la espalda y provocando un remolino de

fragancia desconocida entre el viejo y húmedo aire que volvía a preocuparnos.

-Ojalá que no, el invierno es duro en la campaña y tu padre ya no está para eso...

-¿Por qué es la guerra ahora, mamá?
La vieja se acomodó en su silla, molesta por la falta de té y respondió de mala gana.

-Por no sé qué jefaturas políticas que el gobierno no entregó. Lo cierto es que tu padre malvendió la lana este año para financiar a ese Saravia y sus gauchos rotos. Ahora hay que rezar para que no le pase nada.

Walter ingresó nuevamente a la sala con una expresión de aburrido que, nosotros pensamos, intentaba sacársela frotándose las manos después de dejar la taza de té junto a la mesita de coser de la vieja. Como a pesar de la resbalada de Miguel y de nuestras conversaciones, que sin darnos cuenta iban subiendo de tono, no nos oían, asomamos más nuestras cabezas por la ventana. Alcanzamos a ver un piano chico contra una de las paredes, una mesa antiquísima como la que tenía mi abuela y varias sillas y retratos desconocidos esparcidos por toda la habitación. Pese a que no éramos mercenarios lamentamos la austeridad de nuestros enemigos. Seguramente se habían instalado hacía poco y todavía no se habrían acomodado. Lo importante era prestar la máxima atención a la clave que utilizaban al hablar para tratar de descubrir el arsenal y el número total de soldados que tenían.

Matilde seguía frotándose suavemente los brazos en una actitud de resignación frente a la presencia del otoño, su madre la acompañó

juntándose las puntas de un chal sobre el pecho y Walter dejó escapar un carraspeo de su garganta.

—¿Está seguro, Walter, que no hay nada abierto en la casa? —preguntó la vieja tratando de conseguir algo de calor envolviendo la taza con sus manos.

—Sí señora, no hay nada abierto, pero si usted quiere por mayor seguridad doy una vuelta por fuera de la casa.

Despegamos inmediatamente la cara de la ventana, seguros de haber sido descubiertos y de tener que enfrentarnos solos a quien sabe cuántos enemigos. Pero igual lo íbamos a hacer con valentía, como correspondía a nuestra futura condición de héroes, sin pensar que todo era un juego y que estábamos dispuestos a irnos y no molestarlos más.

—Vaya Walter, y también cerciórese de que no hay nadie vigilando la casa.

Las palabras de la vieja no nos dejaron dudas de que habría pelea. Ahora todo estaba en la táctica que íbamos a emplear. La oscuridad era una aliada, a pesar de que el terreno nos era desconocido y seguramente ellos prenderían focos de alta potencia y nos buscarían con perros adiestrados. Habíamos aprendido a entendernos con un solo intercambio de miradas, gracias a las veces que combatimos juntos en los garajes y en los fondos de todos los vecinos del pueblo. En seguida acordamos esconder las pocas municiones que teníamos entre los pastos que crecían junto a la casa y a la empalizada. Nos esconderíamos y observaríamos los despla-

zamientos del enemigo; si se entablaba la lucha dispararíamos a las municiones escondidas y las explosiones les harían creer que éramos más; así escaparíamos.

Desde que Walter debió salir por una puerta que ninguno de nosotros logró ver, una añoranza al Vascolet frío con galletitas nos hizo olvidar el peligro. Habríamos cambiado sin lamentarlo las ametralladoras con ruido a balas por los vasos de color marrón y siempre fríos de las tardes de verano, aunque el aire húmedo y viejo siguiera metiéndonos a empellones. Porque no nos íbamos a pasar todo el tiempo suponiendo que los retratos desconocidos nos espiaban desde la pared y nos conducirían a batallas sangrientas entre una empalizada debilitada y una pared musgosa. Era saludable esa ráfaga fresca que a nosotros nos envolvió con suavidad pero que las mujeres recibieron con disgusto, pensando en un otoño que sería riguroso en la campaña. Walter entró sin que nosotros pudiéramos saber por dónde, traía el cuello de su saco levantado y una sonrisa que no agradó demasiado a la vieja.

—Di vueltas por toda la casa y no vi nada abierto, quedese tranquila, señora, que no hay nadie cerca espándonos —dijo Walter, pero la vieja no desató la tensión que le anudaba el cuerpo.

—Señorita, ¿por qué no sale a ver el atardecer?, está muy lindo, el sol se inclina cada vez más sobre el campo.

Miltilde miró a su madre sabiendo que no tendría problemas para salir.

-Sólo te voy a decir que te abrigues y no demores mucho, en esta situación yo no estoy tranquila -le dijo la vieja.

-Voy a buscar el abrigo que me trajo papá, tranquilízese mamá, estaré en la terraza.

Matilde salió de la habitación y ya no nos preocupamos por dónde, comprendimos que nuestras fuerzas jamás se enfrentarían, la campaña era muy grande y la vieja había dicho que sus soldados por el pueblo no pasarían. Tan sólo tendríamos que cuidarnos de las arañas para seguir peleando contra nuestros propios fantasmas. Aprovechamos la débil luz de la lámpara y revisamos los pastos de abajo de la ventana, nos sentamos esperando oír la voz de Matilde y volver a compartir los fantasmas hasta que aparecieran los del otro lado. El aire fresco seguía empujando al húmedo y viejo que se retiraba dejando entrar la preocupación por la hora y el temor de que nuestros padres nos estuvieran buscando en las casas de los vecinos. Bastaba con mirar la cara de preocupación de la vieja para imaginarse una paliza descomunal por haber salido a la hora de la siesta sin permiso.

-¿Está precioso afuera, mamá!, ¿por qué no sale?

Los tres nos levantamos sin prestar atención al ruido que hacíamos porque entendimos que nada nos pasaría. Creímos que era un sueño cuando vimos a la vieja y a Matilde gesticulando pero no pudimos oírlas. Se iban desdibujando y desaparecían mientras el aire nos refrescaba entre el ruido de tablas podridas y voces gritando nuestros nombres.

INDICE

El Mar de Pesadas Olas	5
El Elegido	11
Vanessa	19
La Noche del Miedo	27
El Agujero	33
Una Nube Oscura	41
La Hora de la Siesta	49